

## LA CURA A TRAVES DEL AMOR HOY. ENTRE EROS Y TANATOS

Verónica Dreussi

El hombre nace dentro de una cultura, es cultura. Pensado desde la genética, trae consigo todo el arsenal que porta su ADN, memoria infinita de la filogenia ancestral; compendio de su historia pasada. Potencial que será desplegado según las circunstancias que desde su concepción, y aún antes, interactúen con su ser biológico determinando un psiquismo que le otorgue una identidad única e irrepetible.

A pesar de esta singularidad que cada ser humano es, reconocemos características y aspectos particulares que definen una época y que comparten sus protagonistas. La cultura se abre paso por todos los rincones y recodos de la vida. La cultura -es decir, todas las actividades que realiza el hombre- entra en la consulta, se instala en el consultorio, cuando un paciente llega al encuentro de su analista. Ambos, paciente y analista, son la manifestación de su tiempo y su particularidad. Compartiendo un mismo idioma, códigos que los llevan a la comprensión mutua; atravesados por el lenguaje, que también es compartido, pero no siempre será comprendido; habrá siempre, como afirma Lacan, un resto de incompreensión, de un decir no-todo. El paciente con su cultura, su mundo, el analista con el suyo; ambos mundos en relación. Pero en esta relación ya no será ni el mundo del paciente ni el mundo del analista, será un mundo nuevo creado entre los dos, producto de esta particular relación. ¿Relación de Amor?

Pero ambos comparten “el” mundo, viven en la misma sociedad que la cultura y su momento histórico han delineado. Habitan una sociedad caracterizada por lo que podríamos llamar la “aldea global”. La globalización permite, en un instante y por obra de Internet, satélites, celulares, poder acceder al mundo, a la realidad. A una realidad que se desvanece, porque ya no se puede distinguir entre realidad y realidad virtual, siendo esta última la que prevalece. Se desvanecen también los sistemas de valores, la ética y la moral ya no son una, sino se ajustan a quien las predique. Las leyes, las normas y los valores éticos ya no son universales, se aceptan todas las posiciones sin necesidad de justificarlas racionalmente, pareciera

ser que “todo da igual”. O también podríamos afirmar “todo vale” lo que estaría significando este triunfo del relativismo ético y, aún, cultural, ya que se han disuelto los compromisos sociales, culturales, políticos, religiosos y espirituales.

Todo el mundo parece ser una gran vidriera: miramos y somos mirados, como objetos para consumir y ser consumidos. Todo se compra, se vende, se descarta y deshecha rápidamente. El mercado ofrece una enorme cantidad de objetos de consumo empujándonos a consumir, creando la ilusión de que estos objetos tendrían la capacidad de colmar el vacío y la falta estructural de la existencia humana. Según afirma Lipovestky “lo posmoderno como hecho social es la cultura del hedonismo y el consumismo llevada a su máxima potencia (...) El momento es el predominio de lo individual sobre lo universal”

Cada época ha hecho “su” síntoma. La posmodernidad, si es que esta existe como entidad definida, “sufre de incertidumbre” y la consecuente angustia que debe ser calmada ya, de inmediato, no pudiendo esperar, privando al sujeto de un tiempo para la elaboración simbólica de su malestar. Las toxicomanías, alcoholismo, anorexia y bulimia, comportamientos de tipo compulsivo vinculadas al juego, la compra compulsiva, conductas violentas como el maltrato infantil, conyugal y familiar, abusos sexuales, serían formas paradigmáticas de lo que estaríamos tentados en llamar “patologías actuales”. Por otra parte, surgen denominaciones que parecen ponerse de moda: ataque de pánico, trastorno obsesivo compulsivo, etc.; así como también se desdibujan los límites de ciertas jurisdicciones nosográficas, surgiendo nociones como, por ejemplo, estructuras borderline, enfermedades psicosomáticas.

Todas estas cuestiones -patologías preponderantes, nuevos encuadramientos terminológicos y la consecuente vacilación para delimitarlos- constituyen de por sí una expresión sintomática de esa falta de fijeza y de certezas que conocemos como característica de nuestra época. Con esto nos toca, hoy, trabajar.

Ahora bien planteado este escenario, ¿qué lugar ocupa el amor en esta escena? ¿Es posible ubicar cambios en los ropajes que el amor viste en las distintas escenas epocales? O será, tal vez, que la universalidad del amor se desplaza a lo

largo de toda la historia de la humanidad sin cambios, subsumido a lo viviente en su eterno devenir y ser.

El amor es universal. Porque el amor está ligado a la vida, a lo viviente.

Si hay amor, hay vida. Pero ¿siempre que haya vida habrá amor?

Pensando con Freud “Quien ama sufre, pero quien no ama enferma” podemos trazar una línea que liga el amor con el sufrimiento. En este sentido la hipótesis del amor ligado a lo viviente se materializa en el dolor. El dolor también se amarra a aquello que tiene vida. Solo quien está vivo puede sufrir. Pero el enfermar seguirá la línea de lo que se opone a la vida, el camino de Tánatos. El amor se opone a la muerte. Eros se opone a Tánatos

Pero, es preciso sostener, que es en el encuentro de Eros y Tanatos donde la vida transcurre.

Eros, el amor, construye donde Tánatos destruye. Ambos se necesitan para ser. La humanidad pareciera estar en una carrera alocada de gran creatividad, de grandes construcciones y avances tecnológicos, científicos que se despliegan rápidamente, sin pausa. Pero así también y a la misma velocidad va destruyendo y desbastando el mundo que crea y la alberga.

Tenemos derecho a preguntarnos ¿Qué podemos hacer desde nuestro quehacer psicoanalítico? Es posible pensar que si el psicoanálisis es la cura a través del amor, como afirmaba su creador, entonces ¿será nuestra tarea ponernos a trabajar en el sentido de la creatividad, de dar testimonio de una práctica que active la fuerza creadora de Eros?

El amor, sea tal vez en nuestro días, un mendigo errante golpeando la vidriera irrespetuosa de este cambalache que llamamos mundo. Será nuestra obligación abrirle la puerta del consultorio para que se instale como morador de nuestro ir haciendo y haciéndonos psicoanalistas.

Entonces, que la fuerza creadora del amor nos encuentre psicoanalizando!